

En la muerte de Fernando Jiménez Herrero

José Manuel Ribera Casado

Francisco Guillén Llera

El pasado 22 de marzo fue un día de luto para la geriatría española. Ese día fallecía en A Coruña el ex presidente de la Sociedad Española de Geriatría y Gerontología (SEGG), Fernando Jiménez Herrero. Fernando había sido nuestro presidente entre los años 1985 y 1989 pero, había sido, también, otras muchas cosas. En el plano oficial cabe recordar, que, antes de presidirla, formó parte durante años de la Junta Directiva de la SEGG y también, desde su fundación, de las primeras Comisiones Nacionales de la Especialidad. Fue uno de los pioneros de la geriatría en España y contribuyó a su implantación y a su desarrollo en todos los ámbitos. Dirigió durante muchísimos años esta revista, de la que en la actualidad era su director honorario. Puso en marcha y presidió la Sociedad Gallega de Geriatría y Gerontología. Presidió el congreso europeo de la Asociación Internacional de Gerontología (IAG), celebrado en Madrid, en 1991. Representó a España y a su geriatría en numerosos eventos internacionales, especialmente en aquellos que tenían como sede cualquiera de los países hermanos del otro lado del Atlántico, donde era especialmente querido y respetado, y de muchas de cuyas sociedades nacionales había sido nombrado «socio de honor». Así podríamos llenar muchas páginas enumerando méritos y desarrollando un extensísimo currículum geriátrico.

Pero Fernando Jiménez Herrero era bastante más de lo que puedan decir certificados o diplomas. Fue amigo de todos. Abierto, desinteresado, generoso a la hora de regalar sus conocimientos y con un talante integrador poco común. Desde su casa frente al mar gallego ofreció a todo el que pisara Galicia hospitalidad y libros. Fernando fue un bibliófilo empedernido. Durante muchos años sus visitas a Madrid, Barcelona, Buenos Aires o cualquier otra gran ciudad eran un recorrido por las librerías médicas más acreditadas a la búsqueda de ciencia geriátrica reciente. Estuvo suscrito a la práctica totalidad de las publicaciones de primer nivel relacionadas con la especialidad. La hemeroteca de esta revista puede acreditar desde hace más de 30 años (y hasta ayer mismo) su papel ininterrumpido como responsable único, constante y prolífico

de su sección de libros. En este campo, como en tantos otros, Fernando puso el listón muy alto. A ver quién es el valiente que le sustituye.

Sin haber llegado a formar parte de manera oficial de la estructura universitaria, ejerció la docencia de una manera constante y eficaz. Se preocupó por organizar cursos de doctorado para médicos en el seno de la propia universidad. También creó infinitas actividades con mil distintos nombres para toda suerte de profesionales encargados de la atención a la persona mayor. La Real Academia de Medicina de Galicia, de la que fue Secretario perpetuo, le sirvió de marco espléndido durante muchos años para este fin. De manera sistemática nos fue invitando a pasar por allí, una y otra vez, en los cursos que organizaba cada verano, a todos aquellos profesionales que consideraba adecuados para transmitir conocimientos geriátricos. Fue un hombre dialogante que abrió la geriatría a la sociedad civil. Le gustaba escribir y hacer llegar a la población general sus preocupaciones por los problemas sanitarios o sociales de las personas mayores. También la hemeroteca de *La voz de Galicia* puede dar abundante razón de este compromiso mantenido con rigor y pluma ágil durante muchos años, semana tras semana.

Era un ilustrado, un hombre culto y refinado, aficionado al arte y a la historia. Escuchar sus conferencias sobre la figura del viejo en las obras de Goya o de Picasso suponía un auténtico placer. Llegaba a la gente y se hacía querer por todo el mundo. No en vano recibió como homenaje el honor de dar su nombre a una calle en Oleiros, el pueblo donde ejerció como médico rural antes de instalarse en A Coruña y del que llegó a ser alcalde. Él y Carmina, su querida esposa, no tuvieron hijos, pero no exageramos ni un ápice al afirmar que su muerte ha dejado miles de huérfanos. Lo somos toda la familia geriátrica española. Pero lo somos, muy especialmente, aquellos que de una manera más directa, próxima y sentida hemos podido disfrutar a lo largo de los años del privilegio impagable de su amistad.